

Calderón y la mentira moral

Un acordeonista del metro cuenta a un periodista culto un pasado de deportado en Siberia

IÑAKI EZKERRA



La historia del farsante que se crea una biografía heroica tiene un reciente antecedente español en 'El impostor', la novela en la que Javier Cercas buscaba la verdad de Enric Marco, el hombre que se inventó un pasado de anarquista en la clandestinidad y de deportado al campo de concentración nazi de Flossenbürg. Pero aquel caso presentaba un inconveniente para ser novelado que acusaba el texto de Cercas: era real. Detrás de esa farsa había un pobre ser humano necesitado de admiración que impedía moralmente al novelista la libre fabulación y exigía la biografía real en la que derivaba el libro. Es ese el obstáculo que sortea Manuel Calderón en 'El músico del Gulag' al tomar a un personaje ficticio que a su vez ficción a su propia biografía.

En 'El músico del Gulag', la impostura viene de la mano de un acordeonista del metro madrileño que asegura llamarse Gregori Makarov y poseer una apasionante biografía que habría hecho de él un héroe emblemático del siglo XX. De niño había tenido la oportunidad de mostrar sus habilidades con ese instrumento ante el propio Stalin, y de joven había pertenecido a la Banda Central Militar del Ministerio de Defensa de la Unión Soviética. Pero ese futuro prometedor en la Rusia comunista se había torcido en algún momento y había acabado siendo deportado a Siberia. Como

sucedía en 'El hombre inacabado', Manuel Calderón se sirve de la figura de un hombre de la prensa para establecer técnicamente la mediación entre ese potente personaje y el lector; así como para dar la vuelta al conmovedor relato del músico enamorado en el que alguien, una traductora de ruso, halla claros indicios de plagio al propio Solzhenitsyn cuando el periodista y narrador en primera persona lo publica como reportaje en un periódico de la capital de España llamado con ironía 'Diario del Atardecer'.

Sagrada ambigüedad

De este modo, lo que iba a ser una historia digna del Pulitzer se convierte en un escarnio para el intrépido reportero y el argumento da un brillante giro hacia una galería de personajes que lindan con los de una trama policiaca a la vez que nos adentra, por otra parte, en un laberinto de lúcidas reflexiones metaliterarias que responden fielmente a lo que Kundera llamó «la sagrada ambigüedad de la novela». En el fondo de 'El músico del Gulag' subyace una dialéctica entre la verdad objetiva y la verdad de la literatura, entre los hechos irrevocables a los que nos condena la existencia y el ansia de buscar una absolución en la invención de otra vida; entre la necesidad de una búsqueda de la verdad y la aceptación de la mentira del otro por una mera cuestión de compasión humana.



EL MÚSICO DEL GULAG
MANUEL CALDERÓN

Editorial: Berenice.
Páginas: 302.
Precio: 19 euros.

Cuando el rastro de Makarov nos lleva a un sórdido contrabando de libros en Sarajevo, el texto salta de 'La broma' kunderiana al De la Rovere de Montanelli. Pero, además del logro de ese juego que se trae el protagonista y narrador con el músico impostor, consigo mismo y con el propio lector, hay que señalar en esta obra el inusual logro del estilo, de una elaborada e inteligente textura literaria que va más allá de la pulida sintaxis y que alcanza a la concentración de sentido en cada subordinada, en cada matiz, en cada intencionada vacilación a la hora de hacer un juicio de valor sobre el personaje 'biografiado' o sobre la legitimidad ética de una falsificación que en el fondo tiene mucho de tácito y mutuo autoengaño.

Entiéndase, la historia fraudulenta que cuenta el periodista no es la de un adulterio entre dos famosos, que tendría como objetivo vender más periódicos, sino el sueño de un hombre que no interesa a nadie, que toca el acordeón en el metro y que merecería tener una biografía tan bella como la que se inventa para el periodista incauto o como la que ese periodista no tan inocente fingió creer porque estéticamente le conquistaba y éticamente le redimía. En realidad, la falsa historia de Gregori Makarov es la alegoría de una necesidad de belleza moral en un tiempo saturado de decepción y envilecimiento.



LA MEJOR VOLUNTAD
JANE SMILEY

Traductora: Inga Pellisa.
Editorial: Sexto Piso.
Páginas: 131. Precio: 15,90 euros.

Persigue tu sueño...

Como los cementerios, los hogares también están empedrados de buenas intenciones, con la mejor voluntad. Si son felices nos recordó Tolstoi, se parecen; si no, cada cual es infeliz a su manera. Y uno de este cariz es el que Jane Smiley (Los Ángeles, 1949) retrata con una mirada perspicaz y que no juzga. La familia Miller, –Robert, Elisabeth y el pequeño Thomas– ha levantado su singular edén en una granja a cinco kilómetros de Moreton (Pensilvania), el núcleo urbano más cercano. Robert 'Bob', narrador en primer persona, siente un profundo orgullo porque ha construido su proyecto de vida conforme a sus más íntimas convicciones. Son auto-suficientes, no tienen gadgets tecnológicos. Su único vínculo estable con la sociedad es la asistencia a la escuela de su hijo Thomas, al que su padre educa conforme a sus propios valores, porque encarna la continuidad de su sueño. Lo moldea a su imagen y semejanza, como «nuestro sujeto experimental», reconocerá Bob.

Bob y Liz llevan doce años juntos y todo parece ir sobre ruedas, apenas algunas discrepancias sobre la conversión espiritual de ella, que comienza a frecuentar una comunidad pentecostalista.

La hogareña arcadia se verá convulsionada por un súbito episodio de violencia que pondrá en cuestión el immaculado proyecto de vida de Bob. Un síntoma de que los mejores sueños incuban también su propia marca de agua en forma de pesadilla. El incidente resquebraja la superioridad y seguridad morales y provocará una crisis de fe en sí mismos a Bob y Liz. Algo no va bien.

Smiley dinamita en 'La mejor voluntad' el credo de las buenas intenciones, de los desideratum y de esa versión soft 2.0 del periclitado sueño americano en el que se ha convertido el estomagante mantra del persigue tu sueño y lo alcanzarás. Lo que sigue serán pasos firmes hacia una hecatombe pavimentada con la mejor voluntad. **IÑIGO URRUTIA**